

campana. Acogió con finura al general Tromelín, pero le manifestó su firme voluntad de obtener la entrega de París, y accedía á que no se estipulase nada desde el punto de vista político, dejando adivinar lo que harían los coligados en la capital de Francia cuando fuesen sus dueños. Para que no tuviese el general Tromelín la menor duda acerca de las intenciones de las potencias, el mariscal Blücher le enseñó la carta de Mr. de Nesselrode y de Mr. de Metternich, fechada el 26 de junio, de la que había indicado algo el duque de Wellington á los comisionados franceses, y hasta se la dió para que la leyera por completo. Era un documento formal y prescribía á los dos generales aliados que no suspendiesen las operaciones hasta hallarse en París, que no reconociesen ninguna de las autoridades establecidas desde el 20 de marzo, y que procurasen además apoderarse de la persona de Napoleón. Esta carta no hablaba para nada de los Borbones y aún podían abrigar ilusiones los que no los querían, esperando que los rusos y los austriacos no tendrían en restablecerlos el empeño que los ingleses; pero su voluntad de entrar en París y de no reconocer las autoridades existentes era incontestable. Después de estas comunicaciones preliminares, el general Tromelín se separó del mariscal Blücher y corrió á dar cuenta al duque de Otranto de lo que había averiguado. Nada se sabía del enviado Macirone, que aún no había podido presentarse al duque de Wellington.

El momento de resolverse había llegado, porque los ejércitos se hallaban en presencia unos de otros en las dos orillas del Sena. Los prusianos habían atravesado el río y ocupaban las alturas de Sevres y de Meudón, teniendo su izquierda hasta Saint-Cloud y su derecha más atrás, á lo largo del riachuelo de la Bievre. Los ingleses fabricaban un puente en Argenteuil y se aproximaban á Saint-Cloud por Courbevoie y Suresnes, á fin de sostener á Blücher con una parte de sus fuerzas. El grueso de su ejército se hallaba en la llanura de Saint-Denis.

El mariscal Davout, por su parte, había elegido sus posiciones con todo el talento de un militar experimentado. Después de terminar el armamento de las obras de la orilla derecha, colocó en ellas los tiradores de la milicia nacional, los depósitos y una parte de las tropas de Waterloo, destinando á la orilla izquierda el resto de las tropas y todo el cuerpo de Vandamme. La guardia imperial formaba, como ya hemos dicho, la reserva, y estaba en el campo de Marte, teniendo muchos puentes sobre el Sena para poder dirigirse á cualquiera de las dos orillas en donde fuesen necesarios sus servicios. Una formidable artillería de grueso calibre, situada en las alturas de Auteil, estaba dispuesta á barrer con su metralla la llanura de Grenelle disparando por encima del río. El día 3, á cosa de las cuatro de la mañana, ejecutó un fuerte reconocimiento hacia Issy, ocupado por los prusianos, y después de rechazarlos vivamente se detuvo para no dar principio á la lucha de un modo formal antes de recibir la orden de trabar la batalla. Pero contaba con los medios y con la decisión, en el caso de que las exigencias del enemigo fuesen intolerables, para batirse á muerte. Los soldados se hallaban exaltados hasta más no poder y pedían á grandes voces que se diese la batalla. Aunque no eran más que ochenta

mil y tenían que luchar contra ciento veinte mil enemigos repartidos entre las dos orillas del Sena, tenían muchas probabilidades de vencer. El viejo corazón del mariscal Davout se estremecía al escuchar sus gritos, y había momentos en los que se sentía impulsado á romper el fuego para vencer ó morir en presencia de la capital; pero aguardaba las últimas órdenes de la comisión ejecutiva, y no era bastante temerario para jugar la suerte de la Francia sin la voluntad del gobierno que regía sus destinos.

La comisión ejecutiva, después del regreso del general Tromelín, tomó el partido de enviar á las avanzadas prusianas tres plenipotenciarios: Mr. Bignón, ministro de Negocios extranjeros interino; el general Guillemillot, jefe del estado mayor del mariscal Davout, y monsieur de Bondy, prefecto del Sena; hallándose representados en esta legación los intereses de la política, del ejército y de la capital. Mr. de Caulaincourt se había encargado de preparar tres proyectos de convenio que los negociadores franceses debían proponer sucesivamente á los generales aliados.

Con arreglo á estos tres proyectos, las personas por sus actos ó sus opiniones, las propiedades públicas ó privadas, los monumentos artísticos, los museos debían ser sagrados, y las autoridades existentes respetadas y sostenidas. La única latitud concedida era relativa á la ocupación de París y al medio de ocuparle. Según el primer proyecto, París sería declarado neutro; el ejército francés saldría de su recinto y permanecería á una distancia igual á la que adoptase para sí el ejército enemigo. Por el segundo plan, conforme en lo demás con el primero, se convenía en que París no sería ocupado hasta que hubiese noticias de los negociadores enviados á tratar con los soberanos. (Aún no se sabía nada de estos primeros enviados y se lisonjaban en París de que habrían alcanzado algo del emperador Alejandro.) Por fin, en el último extremo abrirían las puertas de París, el ejército se retiraría detrás del Loira en el plazo más ventajosamente posible que se fijase, y se confiaría el servicio de París á la milicia nacional, que sería la única fuerza que mantuviese el orden é hiciese respetar á las autoridades existentes.

Cuando fué preciso firmar estas condiciones las manos de Carnot y de Grenier temblaron: los dos tenían el alma traspasada de dolor. El mismo Fouché que en el común desastre procuraba salvar primero su persona, pero que también hubiera querido salvar á su país, el mismo Fouché, decimos, se sintió consternado. Sin embargo firmó, y ordenó á los plenipotenciarios que se dirigiesen al cuartel general del mariscal Davout para recibir sus últimas instrucciones, y no separarse del mariscal hasta que conociesen definitivamente que esto era lo mejor que podían hacer.

Mr. Bignón, Mr. Guillemillot y Mr. de Bondy partieron, pues, encaminándose al cuartel general de Montrouge. La emoción que en él reinaba era inmensa. En torno del mariscal Davout se agitaban, amenazaban y gritaban contra la traición; y, cosa extraña, este inflexible jefe no imponía el silencio que estaba acostumbrado á hacer guardar á sus subordinados. Su rostro ordinariamente impasible revelaba el dolor de su alma. Los generales Flahault y Exelmans decían que valía más morir al pie de las murallas de París que ir á capitular

al campamento de los aliados. En vista de este espectáculo, los tres plenipotenciarios titubearon en atravesar las avanzadas. El mejor de los hombres de aquel tiempo, Drouot, mirando á Mr. Bignón que le interrogaba, le respondió que era cruel no poder morir como soldados en la llanura que tenían delante, pero que como ciudadano reconocía que lo más prudente que debía hacerse era tratar con el enemigo. Estas palabras del hombre de bien consolaron á los negociadores por haber aceptado su dolorosa misión. Davout, cediendo á un movimiento involuntario, pidió á los negociadores que aguardasen algunos instantes, y se lanzó á galope con muchos oficiales para observar por última vez la posición de sus adversarios. Después de un breve reconocimiento, volvió. Esas voces secretas que mueven en las grandes circunstancias el corazón de los hombres, le habían hablado y le habían dicho que el ciudadano debía dominar al soldado. «He enviado un parlamentario, dijo á Mr. Bignón, y podéis partir.»

Los tres negociadores su pusieron en marcha y llegaron hasta las avanzadas prusianas. Primero recibieron algunos malos tratos del general Ziethen; pero no tardaron en ser conducidos al palacio de Saint-Cloud, en donde tenía Blücher su cuartel general.

A pesar de su rudeza, lisonjeado Blücher al ver en su presencia á los plenipotenciarios franceses y al ver que no le consideraban como el segundo del duque de Wellington, recibió con finura á los tres enviados y les manifestó la imposibilidad en que tanto él como su colega británico se hallaban de aceptar condiciones que no fuesen la ocupación de París y el alejamiento del ejército. Los demás puntos podían discutirse, pero no había lugar á discusión sobre los dos citados. Apenas había empezado la discusión cuando el duque de Wellington, informado por los prusianos de la apertura de estas negociaciones, se presentó en Saint-Cloud, y la conversación fué desde entonces completamente formal, precisa y limitada á los puntos esenciales. La retirada del ejército francés y la ocupación de París fueron dos condiciones fundamentales que no admitieron discusión alguna. La época en que debería operarse la ocupación de París, el número de días que emplearía el ejército francés en retirarse y el límite donde se detendría, fueron las primeras cuestiones que se debatieron. Los dos generales aliados no dudaron apenas en acceder á no mezclarse para nada en política al hallarse en París con sus ejércitos, y convinieron también en que sólo la milicia nacional prestaría los servicios necesarios. No ocultaban que su objeto esencial era la restauración de los Borbones, pero no les convenía confesar que este objeto era el que les había traído á las puertas de la capital, ni mucho menos escribirlo, y en la seguridad de que conseguirían este resultado cuando estuvieran en París, se contentaron con declarar que la milicia nacional se encargaría de mantener el orden establecido. ¡Cosa singular! El que más deseaba la restauración de los Borbones, el que más pasos había dado con este fin, el duque de Wellington, era el que menos quería confesarlo, á causa del parlamento británico, ante el cual se había siempre negado que al emprender la lucha se tuviese por objeto introducir un cambio en el gobierno de la Francia. Relativamente á las propiedades y á las personas, los ingleses y los prusianos, afectando no in-

miscuirse en los asuntos políticos, aseguraron que estaban prontos á respetarlas y á hacer que sus ejércitos las respetasen.

Después de estas generalidades, el duque de Wellington, siempre positivo, dijo que en los convenios la redacción era lo principal, y preguntó á los plenipotenciarios franceses si llevaban redactado algún proyecto. Mr. Bignón le entregó el tercero de los tres que había preparado Mr. de Caulaincourt, toda vez que los dos primeros no podían ser objeto de discusión. El duque de Wellington quiso entonces conferenciar á solas con el mariscal Blücher, y pasada media hora volvió con el proyecto modificado. Las modificaciones estaban escritas con lápiz en el margen. Después de un nuevo debate sobre los diversos puntos en cuestión, convinieron en aceptar las siguientes condiciones.

El ejército francés, cuya inmediata retirada se pedía, debía evacuar á París en tres días, empleando ocho para retirarse detrás del Loira, que era el límite definitivamente acordado.

El día siguiente 4 debían ser entregados Saint-Denis, Saint-Ouén, Clichy y Neuilly, el otro Montmartre, y el tercer día las puertas de París.

El ejército tenía derecho para llevarse todas sus propiedades, armas, artillería, cajas de regimiento, bagajes. Los oficiales confederados, que por pertenecer á la milicia nacional no tenían obligación de alejarse, quedaban asimilados al ejército por la voluntad de los generales enemigos, quienes tenían singularmente su influencia sobre el pueblo de la capital.

De acuerdo en estos puntos, se trataba de determinar la conducta que observarían en París los ejércitos extranjeros. Los negociadores franceses querían que se insertase el siguiente texto: «Los comandantes en jefe de los ejércitos inglés y prusiano se comprometen á respetar y á hacer respetar al gobierno, á las autoridades nacionales, á las administraciones que de ellos dependen, y á no mezclarse para nada en los asuntos interiores del gobierno y de la administración de la Francia.»

Era imposible á todas luces, en vista de las resoluciones expresadas, aunque no escritas por los dos generales enemigos, que éstos se conformasen con la mencionada redacción, y sólo aceptaron el texto siguiente cuya hipocresía llegaba hasta el ridículo: «Los comandantes en jefe de los ejércitos inglés y prusiano se comprometen á respetar y á hacer respetar á las autoridades existentes mientras duren en el ejercicio de sus funciones.» Además se convino en que la milicia nacional daría exclusivamente el servicio de París.

Aún quedaban por arreglar dos puntos de la mayor importancia, el respeto de las propiedades y el de las personas. Los comisarios franceses comprendían en las propiedades que el enemigo se obligaría á respetar los monumentos públicos y los museos. Los generales aliados, que abrigaban más ideas ocultas de las que los militares acostumbran á emplear en sus transacciones, rechazaron absolutamente la letra del artículo. Recordaban que un año antes habían pensado sus soberanos llevarse de París los objetos de arte que hacían de esta capital el centro más luminoso de la civilización moderna, pero que no atreviéndose á descargar tantos golpes á la vez sobre la Francia habían renunciado á este propósito. Así, pues, se negaron á comprometerse y admitie-

ron en términos generales el respeto de las propiedades privadas y públicas, con excepción de las que estaban relacionadas con la guerra. Se creyó que únicamente se trataba de la artillería, y los plenipotenciarios franceses aceptaron la fórmula. Algunos días después debía comprenderse la astucia que dictaba estas expresiones al parecer insignificantes.

Por último, en lo relativo á las personas, el artículo 12 (célebre por la noble sangre que contribuyó á derramar) fué adoptado tal como lo habían redactado los plenipotenciarios franceses. Estaba concebido en estos términos: «Serán del mismo modo respetadas las personas y las propiedades privadas. Los habitantes y en general los individuos que se encuentren en la capital continuarán disfrutando de sus derechos y libertades, sin poder ser molestados ni investigados en nada relativo á las funciones que desempeñan ó hayan desempeñado, á su conducta y á sus opiniones políticas.»

Semejante artículo parecía deber proteger á todo el mundo, personajes civiles y militares, revolucionarios antiguos y modernos, regicidas que habían condenado á Luis XVI y mariscales que habían abandonado á Luis XVIII, y nunca hubiera podido imaginarse que daría lugar á las más odiosas venganzas. Los generales enemigos no presentaron ninguna objeción, como si semejante cláusula fuese una cosa natural é incontrovertible; y esta conducta hacía creer que los dos personajes que habían mostrado para su país el más noble patriotismo, el duque de Wéllington y el mariscal Blücher, obraban de buena fe, no ocultando su silencio ninguna intención doble. Por desgracia, este silencio no era más que un deseo de llegar á verse en la necesidad de dar explicaciones. Con efecto, los dos, en su calidad de generales de los ejércitos inglés y prusiano, se comprometían á respetar las personas; pero no pretendían imponer la misma obligación al gobierno de Luis XVIII, que una vez restablecido sería el único dispensador de la justicia en Francia. La más mínima explicación sobre este particular, destruyendo el equívoco, hubiera probablemente contribuído á anular las negociaciones. Así, pues, se callaron, y este silencio costó á la Francia el sacrificio de las más nobles existencias.

Después de haber hecho todo lo posible para defender los intereses de su país en una posición desesperada, los tres plenipotenciarios salieron de Saint-Cloud y llegaron el 4 de julio por la mañana á las Tullerías, presentándose al gobierno provisional. No podía menos de dárselos las gracias, porque en la situación en que se hallaba la nación, nadie hubiera podido conseguir más de lo que habían logrado. A no correr el riesgo de una batalla era preciso á todas luces someterse á las condiciones suscritas.

La capitulación fué, pues, aceptada, porque se presentaba á una comedia que convenía á los generales extranjeros y á la misma comisión ejecutiva. Con efecto, no contenía en la apariencia más que estipulaciones puramente militares, consecuencia forzosa de la situación de los ejércitos, y dejaba á la Francia en la libertad de escoger el gobierno que quisiera, toda vez que la milicia nacional parisiense quedaba exclusivamente encargada del servicio interior de la capital. Los generales enemigos aparentaban de este modo continuar

fieles á las solemnes declaraciones por medio de las cuales habían prometido no imponer un gobierno á la Francia, y la comisión ejecutiva por su parte aparentaba, cediendo á una necesidad física, haber defendido la independencia nacional. Desde este punto de vista creyó la comisión ejecutiva deber considerar la cuestión, y así fué como la presentó á las dos cámaras.

Los representantes, que eran los únicos que en aquellas circunstancias daban señales de vida (los pares no decían una palabra), se quejaban por el silencio que se guardaba respecto de las negociaciones. Sólo la obligación del secreto, siempre de rigor en estas materias, podía explicar semejante silencio. Por fin, le rompieron el 4 de julio por la mañana y llevaron á conocimiento de las dos cámaras los artículos adoptados por la noche en Saint-Cloud. El equívoco por medio del cual se evitaba dar una solución á la cuestión del gobierno futuro de la Francia, convenía á las cámaras lo mismo que á los generales enemigos y al gobierno provisional, y pasaron por él. Con efecto, ¿cómo podían querer la claridad? Decir que la parte sobrentendida de la capitulación ocultaba la facultad de restablecer á los Borbones, hubiera sido anunciar una verdad muy evidente y que todo el mundo comprendía, excepto algunos idiotas de esos que no se aperciben de las cosas hasta tocarlas. Pero descorrer este velo tan cómodo era, después de las solemnes declaraciones que se habían hecho contra los Borbones, obligarse á rechazar la capitulación, á destruir el gobierno provisional y á comprometerse en una lucha cuya imposibilidad se conocía de antemano. No atreviéndose á emprender una resistencia tan temeraria, que aplazándola había perdido todas sus probabilidades de éxito, era más cómodo para la asamblea dejar subsistir un velo bajo el cual escondía su confusión, hasta el día bastante próximo en que fuera expulsada de su recinto por las bayonetas enemigas. La cámara de representantes aceptó, pues, la capitulación del 3 de julio tal como se la presentaron y dió gracias al ejército, que por lo demás las merecía, porque con su actitud enérgica había conseguido las atenciones que aún se guardaban á la Francia.

Si á todos los poderes agradaba esta especie de ocultación, el ejército, que recibía los homenajes de esta conducta, no mostró el mismo sentimiento. Cuando llegó á su noticia el convenio, comprendió que le hacían salir de París, para ceder la capital á los enemigos, quienes á su vez la entregarían á los Borbones. Su exasperación fué inmensa. Los soldados abandonaban las filas tirando al suelo sus armas y corrían á confundirse con los confederados que vociferaban por las calles. Otros decían que no debían rendirse, que no debían obedecer, sino desentenderse de los generales cobardes ó pérfidos. Tan pronto acusaban á unos como á otros; pero todo el mundo acusaba al duque de Otranto, á quien no llamaban más que el traidor, como si él hubiera sido el único autor de la situación por que atravesaba la Francia.

El severo Davout hizo oír al ejército irritado la voz del deber, y con la ayuda de algunos generales, y especialmente del respetable y siempre respetado Drouot, logró que le escuchasen. El ejército, pasado el primer momento de desesperación, comenzó á desfilar á través de las calles de la capital con el dolor de tener que en-

tregarla al enemigo. Algunos cuerpos no habían recibido la paga, habían perdido cuanto tenían y experimentaban á la vez el sufrimiento de la capitulación y de la miseria. Mr. Laffitte anticipó generosamente algunos millones al Tesoro, y los cuerpos más desgraciados recibieron algún alivio y se encaminaron hacia el Loira. La retirada empezó, pues, á llevarse á cabo con orden. No queriendo el mariscal Davout permanecer en París á pesar de que la juiciosa proposición que había hecho de recibir á los Borbones sin los extranjeros le augurase de su parte un trato mejor que el que le dieron en 1814, prefirió llenar hasta el fin sus deberes para con el ejército y el país, y presentó su dimisión de ministro de la Guerra para continuar siendo general en jefe del ejército llamado *del Loira*, el cual por su actitud y por su disciplina en medio de los ultrajes de que era objeto, logró que se respetase algunos meses más á la Francia y hasta fué un apoyo para los Borbones, á los que no quería, á los que no inspiraba aprecio, pero que al llegar á formar el gobierno de la Francia tuvieron necesidad de resistirse más de una vez á las intolerables exigencias de los desapiadados vencedores. El mariscal Davout dirigió dignamente á este ejército, y cuando los austriacos quisieron atravesar el límite convenido en el alto Loira, les amenazó con caer sobre ellos, y los hizo retroceder en un momento en el que seiscientos mil soldados enemigos llenaban el territorio de la Francia.

Mientras que se ejecutaba el convenio de París, era preciso, en fin, que la sombra desapareciese ante la realidad, y que los poderes originarios del 20 de marzo cediesen el puesto á los Borbones que se aproximaban. El enviado Macirone, detenido en las avanzadas, no había podido ver al duque de Wéllington hasta el 4 de julio por la mañana, en el instante en que este general volvía desde Saint-Cloud á Gonesse después de haber firmado la capitulación. El duque de Wéllington le recibió en presencia de Mr. de Talleyrand, representante de Luis XVIII; de sir Carlos Stuart, representante de la Inglaterra; del conde Pozzo di Borgo, representante de la Rusia, y de Mr. de Goltz, representante de la Prusia. Hablando esta vez con claridad, el generalísimo británico dijo al agente del duque de Otranto que ya era tiempo de poner fin á una situación en lo sucesivo ridícula; que era preciso que el gobierno provisional y las cámaras presentasen pura y simplemente su dimisión, después de lo cual Luis XVIII, que se hallaba en Roye, entraría en París, dominado por las resoluciones que podían prometerse de su excelente carácter y de los buenos consejos que había recibido. Después de hacer estas declaraciones, dejó el duque de Wéllington hablar á Mr. de Talleyrand y este hombre de Estado enunció verbalmente y después consignó por escrito las nuevas promesas de Luis XVIII. He aquí su resumen, que el mismo Mr. de Talleyrand puso en manos del agente de Mr. Fouché. «Toda la antigua Carta, comprendiendo en ella la abolición de la confiscación; la no renovación de la ley del año anterior sobre la libertad de la imprenta; la reunión inmediata de los colegios electorales para la formación de una nueva cámara; la unidad del ministerio; la iniciativa recíproca de las leyes, con mensaje por parte del rey, y con proposición por la de las cámaras; el derecho hereditario en la cámara de los pares.»

Mr. de Talleyrand añadió en seguida las seguridades más formales de una conducta prudente y distinta de la que habían observado el año anterior. El duque de Wéllington dijo después al intermediario: «Que monsieur Fouché sea sincero con nosotros y nosotros lo seremos con él. Apreciamos los servicios que ha prestado, y el rey no los olvidará. Si necesita socorros, dentro de algunas horas vamos á proporcionárselos.» Se convino en que el duque de Wéllington y Mr. de Talleyrand esperarían al día siguiente en Neuilly al duque de Otranto para arreglar con él lo que faltaba, á fin de realizar sin violencia la entrada de Luis XVIII en París. Acto continuo salió el agente Macirone de Gonesse y corrió en busca del duque de Otranto, á quien dió cuenta del mensaje que le habían confiado. Mr. Fouché no se hubiera negado á asistir á la entrevista que le proponían, porque al fin y al cabo conseguía de este modo el resultado que tanto deseaba, es decir, el de atribuirse el mérito de haber dado lugar al regreso de los Borbones, regreso que no había podido impedir. Sin embargo, resolvió dar parte á sus colegas de lo que iba á hacer, procurando presentarse á sus ojos bajo la apariencia de un hombre que se proponía salvar los restos del naufragio común, é imponer condiciones al restablecimiento de Luis XVIII sobre el trono. En esto no había nada que objetarle, porque resultando inevitablemente la restauración de los Borbones de la imposibilidad de prolongar la resistencia, imposibilidad reconocida por todos los miembros de la comisión ejecutiva, era preciso someterse á este resultado procurando al mismo tiempo exigir las mayores garantías en favor de las cosas y de las personas.

De pronto vino un incidente á crear dificultades imprevistas á Mr. Fouché: tal fué la llegada de los primeros negociadores, Mr. de Lafayette, Mr. Sebastiani, Mr. de Pontecoulant, Mr. de Argenson, Mr. de Laforest y Mr. Benjamín Constant. Al salir de Laón se habían dirigido estos plenipotenciarios en busca de los soberanos coligados, á los que habían hallado en Hagenau sin haber podido obtener de ellos una sola entrevista. No habían podido hablar más que con sus ministros, los que continuando con el sistema adoptado del disimulo, habían afectado no querer imponer un gobierno á la Francia. Así, pues, terminada su breve entrevista con los ministros, volvían á París llenos aún de ilusiones y persistiendo en creer que todavía no eran inevitables los Borbones. Este error privaba á Mr. Fouché de su principal argumento, la necesidad de soportar á los Borbones, argumento que era su excusa para poder acudir á la cita que había dado el duque de Wéllington. Sin embargo se esforzó en demostrar esta necesidad fundándose en los innumerables datos que poseía, y por lo demás anunció que se ilustraría más latamente respecto de la verdad que había en las creencias de los plenipotenciarios, en la entrevista que aquella misma noche debía celebrar con el generalísimo británico en el campamento de los aliados. Le autorizaron, pues, para que acudiera á la cita; pero Mr. de Lafayette declaró que cualquier arreglo particular que no tuviese por objeto esencial defender los intereses generales sería un acto de traición que merecería y recibiría la infamia.

Mr. Fouché no hizo apenas caso de esta declaración y se trasladó el 5 de julio por la noche á Neuilly, en

donde le esperaba el duque de Wellingtón. Al lado del generalísimo inglés halló á Mr. de Talleyrand, á sir C. Stuart, á Mr. de Goltz y á Mr. Pozzo di Borgo. El duque de Wellingtón quiso saber desde luego si el ejército francés se había alejado, si todas las autoridades existentes se disponían á presentar su dimisión, y por último, si sería posible conseguir que se entregase á las potencias la persona de Napoleón, condición en la cual cifraban los aliados todo su interés con un gran encarnizamiento.

El duque de Otranto respondió que el ejército se retiraba poco á poco, pero no sin trabajo; que la población de la capital estaba exasperada; que la milicia nacional, sobre cuya adhesión parecía contarse, estaba muy lejos de querer prestarse á todo lo que de ella se esperaba; que era preciso, pues, una gran precaución para arrancar una después de otra las dimisiones deseadas é introducir al rey en París. Con respecto á la persona de Napoleón manifestó que no podía entregarla, porque en aquel momento debía ya haberse embarcado con rumbo á los Estados Unidos. Esta última declaración causó mucho disgusto, y persistían en ver en ella una artimaña de Mr. Fouché, quien ante los bonapartistas pasaba por haber vendido á Napoleón, y por haber contribuido á su evasión ante los partidarios del realismo. Después le preguntaron qué es lo que entendía por las precauciones que tan grande importancia parecían tener á sus ojos, y entonces Mr. Fouché, más práctico y sensato que los negociadores enviados al duque de Wellingtón, que sólo se habían cuidado de reclamar la iniciativa para las cámaras, enunció dos condiciones esenciales: una nueva declaración del rey que alcanzase sin excepción á las personas comprometidas antes de la revolución del 20 de marzo, en ella y después de consumada, y la adopción de la bandera tricolor. Sin estas condiciones no creía posible la entrada del rey, á menos de que se emplease la fuerza, determinación que por lo visto no se pensaba en adoptar. La discusión sobre este punto duró hasta las cuatro de la mañana sin resultado alguno, porque Mr. de Talleyrand, principal interlocutor, no hacía más que eludir con la actitud de un gran señor cuanto Mr. Fouché se obstinaba en exigir con la tenacidad de un personaje vulgar, pero positivista. Al tratarse de las personas se hablaba de la inagotable clemencia del rey, y al tocar la cuestión de los colores nacionales se alegaba que diez ó quince departamentos se habían insurreccionado con la escarapela blanca en el sombrero. El duque de Wellingtón insistió mucho para que se entendiesen, pero no consiguió vencer á ninguna de las dos partes, y como en este debate no habían tenido tiempo para ocuparse de los intereses individuales, no se dijo nada á Mr. Fouché de lo que le estaba personalmente reservado. Se retiró, pues, descontento y dejó del mismo modo á los representantes de la monarquía y de la Europa. Sin embargo, el duque de Wellingtón le dió una nueva cita para el día siguiente, y se separaron sin haberse puesto de acuerdo, pero sin haber roto sus relaciones.

Al volver á París comunicó Mr. Fouché á su manera lo que había pasado en Neuilly, pero declaró más afirmativamente aún que los Borbones eran inevitables; que no era posible resistirse á las formales voluntades de la Europa; que él, antiguo revolucionario regicida,

no podía inspirar recelo al resignarse con esta necesidad; que lo único que debía hacerse era obtener condiciones seguras, y que desde este punto de vista no se había descuidado. Le dieron menos crédito del que entonces merecía, y se imaginaron que sólo había pensado en sus intereses, porque de todas partes le miraban como á un traidor. Sus colegas le contestaron con el silencio. Carnot únicamente se quejó dirigiéndole reconveniones, á las que Mr. Fouché podía responder muy fácilmente preguntándole qué era lo que quería. Con efecto, Carnot no había creído que pudiesen defenderse, y los Borbones eran una consecuencia forzosa de la impotencia que él mismo había proclamado. Por lo demás Mr. Fouché, que empezaba á no cuidarse para nada de la opinión de sus colegas, á tratarlos bastante superficialmente, sólo se ocupó en disponerlo todo para que entrase Luis XVIII en París con el menor perjuicio posible para su partido, con la mayor ventaja para él. Lo primero que hizo fué apresurar la salida de Napoleón de Rochefort. Había notado que mientras Napoleón estaba en Francia se dudaba en el campamento de los aliados de la sinceridad de su abdicación, obstinándose más y más en reclamar su persona.

Mr. Fouché quería cortar esta causa de desconfianza y no ser responsable de la cautividad de Napoleón si el enemigo se apoderaba de él, porque si había abrigado el deseo de arrebatarse el trono, jamás había querido privarle de la vida ni de la libertad. Como hemos visto, las fragatas no necesitaban la llegada de los salvoconductos para darse á la vela. Mr. Fouché fué más lejos aún, y apremió de nuevo al general Beker para que apresurase la partida al ilustre fugitivo, enviándole todas las autorizaciones necesarias, excepto una, la de comunicarse con el crucero inglés, temeroso de que Napoleón por efecto de la gran confianza que tenía en los ingleses se entregase á ellos. El 6 hizo Mr. Fouché que la comisión ejecutiva promulgase un último decreto, mandando al general Beker que obligase á Napoleón á embarcarse; que le expresase que esta medida era indispensable para su seguridad personal; que le ofreciese, si las fragatas estaban demasiado vigiladas, todos los buques ligeros de que pudiera disponer, y que consintiese, contrariamente á las órdenes anteriores, que se comunicase con el crucero inglés, si bien después de pedirlo por escrito, á fin de no cargar con la responsabilidad de las consecuencias de su conducta.

Después de consagrar estas atenciones á la seguridad de Napoleón, buscó Mr. Fouché los argumentos que debería emplear en las nuevas conferencias que iban á celebrarse en Neuilly. Ninguno mejor que la actitud de la milicia nacional de París. Esta corporación, que había visto con sentimiento el regreso de Napoleón, que deseaba á los Borbones, pero sin las ideas, las pasiones y la arrogancia de los emigrados, no cesó de llevar la escarapela tricolor y de echar por tierra la bandera blanca en dondequiera que la veía enarbolada. Mr. Fouché, valiéndose de las relaciones que conservaba con los principales jefes de la milicia nacional, provocó una declaración de su parte, en la que manifestaron un deseo perseverante de conservar la bandera tricolor, fundado en la gloria y en la significación política de esta bandera. Esta declaración se hallaba revestida con los nombres más honorables de la capital.

Mr. Fouché no se contentó sólo con esto. Secundado por Mr. Jay, Mr. Manuel y los numerosos representantes que seguían sus consejos, obtuvo de la cámara de los representantes una declaración de otro género, pero más significativa aún. La Constitución que habían empezado á redactar era larga, difusa y no tenía ninguna probabilidad de ser aceptada por los Borbones. Más que su texto vulgar, importaban los principios que contenía, y á instancia de Mr. Fouché se entresacaron en forma de artículos los principios esenciales de toda Constitución, los que debían exigirse á todo gobierno cualquiera que fuese, y con ellos se redactó una declaración que debería aceptar el monarca, no designado, que subiese al trono. Este monarca que no se nombraba sería evidentemente Luis XVIII si aceptaba los principios enunciados. Estos principios, que sería inútil reproducir aquí porque su expresión valía poco, eran los que la Francia desde 1789 no ha cesado de proclamar con una constancia que la honra, siempre que con el pretexto de darle el orden no le han quitado la libertad.

En tanto que Mr. Fouché acudía á estos recursos tardíos é inútiles, la corte de Luis XVIII, trasladándose sucesivamente desde Gante á Cambray y desde Cambray al palacio de Arnouville, se ocupaba en meditar lo que haría al entrar en París. Los principales personajes de esta corte, rey, príncipes, cortesanos, ministros, embajadores, generales extranjeros, aumentados por una multitud de adoradores de la fortuna renaciente, discutían con gran confusión las resoluciones que deberían tomarse; porque dando las revoluciones la palabra á todo el mundo, convierten por un momento en repúblicas á las mismas cortes. En concepto de la mayor parte de estos bachilleres, sacrificar la bandera blanca á la bandera tricolor, era sacrificar la legitimidad á la rebelión. Modificar, extender la Carta, era aumentar el mal en vez de disminuirle. Bastante hacían con declarar su renacimiento, sin añadirle nueva latitud.

Para ellos los principios llamados del ochenta y nueve eran una parte de las herejías revolucionarias que se había tenido la debilidad de estimular, y del mismo modo que achacaban la primera revolución á algunas faltas individuales, por ningún concepto á causas generales, la del 20 de marzo la atribuían á una conspiración cuyos autores debían ser castigados, y á algunos otros incidentes, tales como la obstinación de conservar á Mr. de Blacas y la repugnancia que habían tenido en servirse de Mr. Fouché. Como hemos dicho ya, el emigrado Mr. de Blacas, el regicida Mr. Fouché, eran objeto, el primero de un descrédito universal, el segundo de un favor general. Oyendo á los realistas, Mr. de Blacas lo había perdido todo y Mr. Fouché por el contrario hubiera sido su salvador si hubieran aceptado sus servicios; y si consentían en aceptarlos, todavía podía prestarles el mismo beneficio. Es cierto que era regicida, pero razón de más! Había salido de la caverna infernal que se llamaba la revolución, la conocía, y haría volver á su seno á los demonios que de ella se habían escapado. Sólo una precaución había que tomar con él, la de exigirle que hiciese traición á su origen en toda regla; y de que la había hecho no cabía duda alguna, porque Mr. de Vitrolles y otros muchos lo habían atestiguado. Se contaban con admiración sus profecías

modificadas después de los sucesos. Mr. Fouché había dicho á Mr. Dambray la víspera del 20 de marzo: «Es demasiado tarde; Napoleón entrará en París, reinará algún tiempo, pero no mucho; después será destronado y haremos que vuelva el rey.» El hombre que había dicho estas cosas tan profundas era el único que podía acabar la profecía. Era, pues, preciso recibirle de las mismas manos de Napoleón y nombrarle ministro de Luis XVIII, de quien sería el sostén más eficaz.

Mr. de Talleyrand, que no podía sufrir rivales, sin embargo sostenía y estimulaba esta extraña pasión. Comprendía su incapacidad para atender á los negocios interiores, y reconocía, respecto de este particular, la superioridad de Mr. Fouché. Pero la misión de espiar, de pagar, de dispersar, de aprisionar, de desterrar, y en caso necesario de mandar fusilar á las personas ilustres ú obscuras de los partidos, le parecía muy inferior á la de tratar con las potencias europeas; no tenía envidia á Mr. Fouché y creía que apoyándose en el exterior en donde residía la fuerza por entonces, y sirviéndose de Mr. Fouché para purificar el interior, gobernaría soberanamente la Francia. Así, pues, propuso al rey á Mr. Fouché para el cargo de ministro de la Policía. El duque de Wellingtón le secundó, y además de los motivos que hemos enumerado tenía uno particular para favorecer á Mr. Fouché. Era preciso entrar en París y restablecer á los Borbones; pero era preciso entrar con arreglo al programa simulado de las potencias, programa necesario más que á nadie á lord Castlereagh, y consistente en no imponer ostensiblemente un gobierno á la Francia. Sin esta precaución obligada, no hubieran tenido otra cosa que hacer que dejar obrar al brutal Blücher y él hubiera zanjado la cuestión en dos horas. Pero sólo Mr. Fouché sabría realizar los deseos de todos sin las bayonetas y valiéndose de la milicia nacional de París. Así, pues, la corte, impulsada por una especie de superstición, Mr. de Talleyrand por la necesidad de tener una mano diestra y cinica que gobernase en el interior, y el duque de Wellingtón por el deseo de contar con una persona que introdujese en Francia á los Borbones sin recurrir á la violencia, apadrinaban á Mr. Fouché y habían vencido en su favor la repugnancia de Luis XVIII. Habían violentado á este príncipe, separando á Mr. de Blacas de su lado, y querían violentarle de nuevo obligándole á aceptar á uno de los jueces de su hermano. Le costó mucho trabajo, porque era rogante, porque odiaba á los zurcidores de intrigas, sobre todo á los que tenían relaciones particulares con el conde de Artois, y Mr. Fouché presentaba á sus ojos todos estos inconvenientes. Pero como insistiesen en presentárselo como necesario cedió, y consintió en nombrarle ministro de la Policía, negándose, sin embargo, á dar una nueva declaración de principios, lo mismo que á adoptar la bandera tricolor.

Todo esto sucedía en la corte cuando Mr. Fouché volvió el 6 por la noche á Neuilly. Al presentarse á los representantes de la Europa comenzó de nuevo á lamentarse de la situación interior de París, sumamente agravada, decía, por el regreso de los plenipotenciarios trayendo de Hagenau la falsa idea de que los monarcas aliados no se empeñaban en el restablecimiento de los Borbones, por la resolución de la milicia nacional de conservar la bandera tricolor y por la declaración de